

LA LECTURA EN EL OTRO ESPACIO

Antonio FIGUEROA
Universidad de Santiago de Compostela

*Il y a des écrits sans lecteurs,
mais non de littérature sans lecture.*

M. Picard.

*Aucun système littéraire
n'existe en vase clos.*

J. Lambert.

Con las dos citas que proponemos como encabezamiento de nuestro trabajo intentamos indicar cuáles son los presupuestos generales de los que partimos. El asumir que “no hay literatura sin lectura”¹ implica pensar en lo literario como una actividad, como una relación de comunicación que se realiza y “existe” en el acto de leer, acto individual, pero condicionado por modelos y presupuestos sociales. No nos parece, por otra parte, contradictorio el imaginar el texto como programa “cerrado” y estable en su disposición, y al mismo tiempo como “abierto” en cuanto estrategia únicamente realizable en un acto de comunicación.

El espacio natural —digamos “normal”— de la relación literaria coincide con el de la producción del texto y de hecho los estudios de la fenomenología de la lectura casi siempre presuponen que ésta se realiza en el mismo tiempo y espacio de la escritura, lo cual resulta lógico, cuando lo que se intenta es la descripción teórica del acto de leer. Si tenemos en cuenta sin embargo el contenido de la segunda de las citas iniciales,² según la que ningún

(1) M. Picard, “Littérature/lecture/jeu”, en M. Picard (ed.), *La Lecture littéraire*, Paris, Clancier-Guénéaud, 1987, p. 163.

(2) J. Lambert, “Les relations littéraires internationales comme problème de réception”, *Oeuvres et Critiques*, XI, 2. (1986), p. 176.

sistema literario existe de manera totalmente aislada, hemos de pensar que existen otras lecturas, realizadas en otros espacios, que ya no resultan tan normales, pero que son las que permiten y condicionan las relaciones entre literaturas. Se lee directamente en lengua extranjera,³ se lee mediante traducciones y, si se nos permite la obviedad, decimos que también antes de traducir se lee de una determinada manera. En nuestro país, estamos acostumbrados a recibir, desde el poderoso sistema de intermediarios que son ciertos medios de comunicación, constantes propuestas culturales llenas de "orientaciones" de lectura de textos extranjeros.

Todas estas lecturas tienen algo de específico, y en su conjunto resultan "marcadas" en relación con la lectura literaria habitual. Esto se debe al hecho de que el texto prevé su lectura en su propio ámbito cultural, en su tiempo y espacio, y no en otros, por lo tanto la distancia entre los lectores inmanentes y el eventual lector empírico extranjero resulta imprevisible, y en todo caso mucho mayor de la esperada en situación normal. El acceso al texto extranjero se realiza siempre desde otros modelos de lectura, desde otros sistemas literarios en definitiva. Afirma W. Iser que "la literatura tiene su lugar en los límites de los sistemas de sentido que dominan cada época",⁴ y no nos parece que traicionemos el sentido de sus palabras si añadimos que estos sistemas de sentido no sólo son los que van conformando cada época, sino también los que constituyen cada espacio cultural. Toda lectura que se realice desde una época distinta será en cierta medida una lectura a destiempo, y toda aquella que se realice en otro espacio diferente del previsto será de algún modo una lectura "fuera de lugar". En este tipo de lecturas, frente al texto extranjero perviven los presupuestos del espacio propio; puede entonces resultar que el texto responda a cuestiones que no se formulan o que de hecho suscite otras sin intentarlo. Se trata en todo caso de una lectura de especiales características.

El propósito de nuestra comunicación es aproximarnos de alguna manera a este tipo de lectura y sobre todo indicar instrumentos de análisis teórico que puedan permitirnos describirla. Nos referiremos, pues, a la lectura literaria, a la comunicación literaria, realizada en estas circunstancias y condicionada por ellas. Nos mantenemos en una perspectiva teórica, digamos,

(3) Sobre el alcance de la lectura en francés fuera del ámbito francófono cf. G. Faramond, "La diffusion à l'étranger du livre français et de la presse", *Le Français dans le Monde*, 141 (1978), pp. 87-105. Aunque no son recientes los datos de los que hemos podido disponer, se constata un constante aumento de las exportaciones de libros.

(4) W. Iser, *Der Akt des Lesens*, Munich, Wilhelm Fink, 1976, citamos por tr. esp. de J. A. Gimbernat y M. Barbeito, *El acto de leer*, Madrid, Taurus, 1987, p. 123.

anterior al propio hecho de la traducción; la traducción introduce en la lectura problemas específicos, y aunque, obviamente, solucione algunas dificultades, no soluciona, desde nuestro punto de vista, ni las esenciales ni las decisivas. Tampoco vamos a ocuparnos, por lo menos directamente, de problemas inducidos en la lectura literaria por el hecho de leer en una lengua distinta de la propia y adquirida intencionalmente. También aquí aparecen problemas específicos: en este caso el código lingüístico resulta significativo como tal y tiende a volver opaca la comunicación; el vocabulario, digamos aprendido, tiende a destacar los significados de manera unívoca en relación con los significantes y por lo tanto a limitar la polivalencia literaria; el léxico adquirido, pero no matizado por la experiencia, tiende a reducir las posibilidades de resonancia connotativa del lenguaje, etc. No nos vamos a referir a problemas lingüísticos sino a problemas provocados por los distintos ámbitos literarios de lectura y de escritura. Es cierto, por otra parte, que las lenguas pueden no corresponderse exactamente con los espacios culturales, ni con los sistemas literarios, y también es cierto que estos siempre son distintos relativamente y sólo en la medida en que lo son, o lo sean, consideramos válido lo que podamos decir.

Tampoco vamos a referirnos a otro tipo de lectura en lengua extranjera como es la realizada por el discurso crítico, que presenta lógicamente sus propias modalidades en cuanto discurso mediador,⁵ aunque muchas de ellas, lo mismo que en el caso de la lectura literaria en lengua extranjera, deriven de la misma fuente: los presupuestos del sistema propio y la tópica sobre el sistema "otro" del que procede el texto leído. Conviene en todo caso distinguir el aspecto propiamente crítico de dichas lecturas, de otros aspectos que en realidad son simplemente la transcripción de resultados y reacciones de una simple lectura —o de una lectura más bien simple— como es el caso de muchas de las llamadas críticas que aparecen en los medios de comunicación. Estas últimas pueden sin pretenderlo constituir un corpus de estudio muy valioso para el análisis concreto de resultados de lectura de una obra extranjera.

El primero de los conceptos que nos parece útil para aproximarnos a la descripción de este tipo de lectura es el de sistema

(5) Y. Chevrel, "Le discours de la critique sur les oeuvres étrangères: littérature comparée, esthétique de la réception et histoire littéraire nationale", *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, 1, 3 (1977), pp. 336-351. Afirma este autor (p. 340) que el discurso de la crítica, que trata de aproximar el autor extranjero al público nacional, resulta ser paradójicamente un discurso distante y distanciador, o, en el sentido contrario, asimilador. Las actitudes de la crítica no son tampoco ajenas a las propias actitudes del sistema literario, como veremos.

literario. J. Lambert, en el trabajo al que ya hemos aludido, extraordinariamente clarificador y de gran interés metodológico para el estudio de las relaciones literarias, afirma que se puede hablar de sistema literario cuando "un conjunto de obras de autores, de lectores están unidos por principios (normas) y modelos comunes que les oponen a otros sistemas".⁶ Debemos, pues, destacar algunos factores a nuestro juicio importantes: el primero es que un sistema es definible en términos de normas y modelos; el segundo consiste en que las relaciones entre sistemas están regidas y condicionadas por una serie de actitudes desde las que las funciones y los riesgos eventuales de los elementos importados aparecen con carácter específico y consciente, por lo menos antes de su apropiación literaria lograda por el sistema receptor. Otro factor a tener en cuenta es el carácter concurrente de los sistemas, según explica J. Lambert en el trabajo citado.

Podríamos entonces decir que, si es cierto que el texto realiza dentro de su sistema una función de contestación de un cierto "orden oficial" (utilizamos la terminología de Bakhtine), incluso institucional en la medida en que toda sociedad tiende a institucionalizar y a oficializar todo tipo de presupuestos, esta función contestadora no la realiza el texto importado en la cultura literaria que lo recibe, o la realiza de otra forma, digamos de forma incontrolada, dado que el texto nace en un sistema y nace como fruto de unos presupuestos que a la vez intenta superar, pero que forman, en todo caso, parte de este sistema. No debemos olvidar que, incluso en la lectura, los elementos importados son observados como tales, como extraños por lo tanto, y la consecuencia inmediata es la lógica reducción de su alcance estético y su percepción en términos de sistema, es decir en términos de normas y modelos. Un aspecto a destacar en la importación literaria y en este tipo de lectura es, por lo tanto, la tendencia a la reducción de lo textual a lo metatextual. Esto es evidente sobre todo si tenemos en cuenta el hecho de que el sistema receptor se define, por lo menos en parte, mediante una serie de actitudes, más o menos explícitas, más o menos tópicas, etc., de cara al sistema exportador. Los resultados de lectura del texto extranjero estarán pues condicionados por este tipo de factores, dado que la lectura se hace desde modelos implícitos, pero previamente asumidos. Casi no importa que el sistema de la lectura perciba el texto importado como ayuda potencial o como eventual amenaza; las consecuencias en el acto de lectura son prácticamente las mismas: el lector tenderá a ver los aspectos modélicos y normativos del texto,

(6) *Op. cit.*, p. 176.

tenderá a poner de relieve sus elementos formales. La lectura en este caso, resultará dotada de excesiva reflexividad, que lógicamente interferirá en la consideración literaria y artística del texto y tenderá a producir un discurso metatextual. Esto no quiere decir que el metatexto que el lector realmente percibe sea idéntico (en la medida en que teóricamente puede serlo) a aquel que todo texto presupone e incorpora y que implícitamente lo define como literario, sino que constituirá más bien en este caso reinterpretación crítica. La lectura en estas condiciones tiende pues a redefinir el sistema de normas del texto en función del sistema de normas al que el lector pertenece. Pongamos un ejemplo que a su vez resulta ser la imagen de nuestra propia visión tópica: imaginemos un lector francés que, con su "tête bien faite", resultado, entre otras cosas, del ejercicio de la "dissertation" lee *Memorial do convento* de J. Saramago. Lo más probable, desde mi punto de vista, es que, como ahora se dice, alucine, pero no tanto por haber comunicado con el texto como ficción, sino a causa del propio texto en tanto que reflejo de un conjunto de normas y modelos totalmente "autres". Su lectura tenderá a convertirse en reflexión y, salvadas las diferencias, se parecerá al discurso crítico. Pensemos también, como ejemplo, en los problemas que puede presentar en la lectura de textos extranjeros el concepto de género en sentido lato como conjunto de normas dentro de un sistema más amplio: en la medida en que el lector no tenga experiencia del género, sus elementos tenderán a resultar o bien insignificantes, o bien excesivamente significantes por su novedad imprevista y en todo caso provocarán actitudes digamos extraliterarias.

Los problemas son en este sentido prácticamente los mismos, tanto en el caso de la lectura directa en lengua extranjera, como en el caso de la lectura mediante traducción. Es cierto que el traductor puede intentar, con introducciones o notas a pie de página, solucionar algunas dificultades: éstas son casi siempre del orden de la comprensión de códigos elementales. Digamos pues que el "aparato crítico" de orden literario que el traductor no puede añadir por razones obvias, se lo debe fabricar o incluso imaginar el propio lector desde su sistema de normas y modelos. En cualquier caso se producirá una lectura que tiende a verse obligatoriamente acompañada por una constante reflexión metatextual que, reduciendo su alcance estético, se convierte en un discurso sobre el texto, pero no en cuanto productor de ficción, sino en cuanto portador de una preceptiva distinta: la del otro sistema.

Aproximándonos ahora a la teoría del propio acto de lectura, encontraremos en la situación de la que estamos hablando

unas modalidades también específicas. El concepto de texto como indeterminación y como esquema, debido a W. Iser y a los fenomenólogos de la lectura, la dicotomía entre recepción pragmática y recepción literaria tal y como la formula por ejemplo Steinmetz⁷ son algunos de los esquemas teóricos que nos parecen extraordinariamente productivos en este sentido. No podemos ahora más que limitarnos a evocarlos de manera apresurada, pero creo que suficiente para poner de relieve su utilidad en la exploración del tema que nos ocupa.

Si la característica esencial de la obra literaria es la de constituir una indeterminación, el papel del lector es el de ser un elemento activo que completa, sintetiza y atribuye significados al esquema textual. Existe pues en general la posibilidad de que, frente a un texto literario, el lector reaccione en función de sus preocupaciones cotidianas, de que lo lea pragmáticamente; incluso puede suceder que el propio texto prevea este tipo de recepción: recordemos como ejemplo muchas de las representaciones teatrales que se realizaban desde una óptica contestataria en la última época del franquismo. Pero puede también ocurrir que se produzca la recepción pragmática de una obra que realmente no la preve en absoluto: imaginemos, por ejemplo, a un lector de *La Peste* de Camus, que, ignorando las claves de interpretación de la obra, la leyese como si fuese una simple crónica, aunque esto no es lo habitual. La recepción literaria, como afirma Steinmetz,⁸ "tiende a leer el texto como una parábola", percibe las indicaciones del propio texto que conducen a entenderlo simbólicamente y descarta la interpretación pragmática como interpretación final. Ahora bien, todo ello se realiza en función de los sistemas de sentido, en función de la historia y el tiempo culturales en los que el lector está inmerso; y también en función de su historia personal. En todo caso, y dejando a parte lo individual que pertenece al terreno de lo psicológico, el texto "es integrado en sistemas generales que van más allá de las situaciones particulares y concretas de la realidad cotidiana".⁹ En definitiva, el texto como indeterminación presupone el ser llenado con sentidos que, procedentes de su mismo sistema cultural, lo determinan, aunque nunca totalmente. El lector se encuentra entonces con unos resultados concretos que reintegra en su propia visión del mundo. Si el texto está constituido por una serie de previsiones de lectura, se puede pensar que ésta debe mantener un

(7) H. Steinmetz, "Réception et interprétation" en K. Kibedi Varga (ed.), *Théorie de la littérature*, Paris, Picard, 1981, pp. 193-209.

(8) *Ibid.*, p. 199.

(9) *Ibid.*, p. 200.

minimum de acuerdo con aquéllas, para que el texto pueda funcionar como tal, para que los propios fenómenos estilísticos puedan producirse, etc., aunque también es obvio que nunca el lector empírico será el equivalente del lector ideal.

Ahora bien, cuando la recepción empírica del texto se produce en un espacio distinto del espacio de la escritura, la distancia entre el lector previsto y el lector empírico aumenta, y entonces la tendencia general es la de realizar lecturas digamos "incontroladas", a llenar vacíos que no existen en el texto, a no percibir aquellos que realmente se producen; todo ello de manera directamente proporcional a la distancia entre ambos espacios literarios.

Para empezar digamos que el sistema lingüístico propio, que, como tal, constituye una forma de ver el mundo y de organizar la realidad, no desaparece totalmente en el acto de lectura del texto perteneciente a otro sistema, y ello independientemente del dominio del código lingüístico extranjero. Se producirá también probablemente una mayor fijación en los aspectos pragmáticos del texto al ser este recibido desde una serie de actitudes, las del sistema propio: estas actitudes dan lógicamente lugar a resultados pragmáticos y no estéticos. El lector se encontrará con dificultades para superar el aspecto pragmático del propio texto y acceder a la ficción, porque sus sistemas de sentido, su repertorio, en términos de Iser, no coinciden con el repertorio textual presupuesto; las dificultades para actualizarlo serán pues evidentes en un sistema de cultura distinto del previsto. "El texto de ficción conoce las posibilidades de sentido dominantes, las virtualizadas y las negadas. Pero como sólo se puede referir a los sistemas de su entorno, las operaciones del texto que constituyen sentido deben actuar continuamente sobre éstos".¹⁰ Si el texto se refiere a su entorno, las dificultades aparecerán en la medida en la que el entorno de lectura sea distinto.

Si se llega a superar la recepción pragmática, la recepción literaria se hará, por una parte, como ya hemos dicho, en función de los sistemas de sentido propios, pero por otra, en función de los sistemas de sentido que el propio sistema literario atribuye a aquel del que el texto procede; aquí debemos contar con la tónica de unas culturas sobre otras, con nuestra imagen del extranjero.¹¹ El efecto de todo ello es una nueva repragmatización (tengamos en cuenta lo que dejamos al principio sobre el carácter concu-

(10) Cf. Iser, *op. cit.* p. 121. Los conceptos de repertorio y entorno son particularmente adecuados para explicar las modalidades de lectura de las que hablamos.

(11) Cf. el trabajo de D.-H. Pageaux. "De l'imagerie culturelle à l'imaginaire" en P. Brunel e Y. Chevrel (ed.), *Précis de Littérature Comparée*, París, P.U.F., 1989, pp. 134-161.

rente de los sistemas literarios) al actuar, al reaccionar desde presupuestos propios y mediante tópicos sobre la otra cultura. Nuestro lector se verá en cierta medida abocado a asumir un papel teatral en cuanto actor que representa al lector normal mediante estereotipos y en función de las actitudes de su cultura frente a la otra cultura. Cuando Y. Chevrel se refiere al discurso de la crítica francesa del s. XIX en relación con las literaturas extranjeras afirma lo siguiente: "La literatura extranjera es siempre sometida a una explicación mediante la cómoda actitud de reducir lo desconocido (lo extranjero) a lo conocido (la tradición francesa universalizante)".¹² Explica entonces este autor cómo en esta época se dan tres tipos de reacciones: o bien se reduce lo ajeno a una analogía con lo propio, o bien se presupone la influencia previa de lo francés en lo extranjero, o bien se llega a pensar y a afirmar que una obra extranjera no puede decir nada que una francesa no haya dicho ya. Ya sabemos que se trata de actitudes del s. XIX, y también que se habla de posiciones de la crítica y no de los lectores. De todos modos la mentalidad global de la crítica nunca es ajena a la mentalidad de los lectores en cuanto que ambos sectores comparten un mismo sistema que, entre otras cosas, está conformado por actitudes, y cada sistema literario posee la suyas. (Sería particularmente interesante estudiar las del sistema español. Quizá entre nosotros se tienda a mitificar con excesiva rapidez lo extranjero, que fácilmente adquiere un prestigio por el hecho de serlo. De ser esto así nos encontraríamos en el caso francés y español frente a actitudes de lectura muy distintas). Digamos en todo caso que la lectura en lengua extranjera tiende siempre a ser reduccionista, esquematizadora y metaliteraria debido a todos estos factores, todo ello originado por las dificultades que el lector extranjero encuentra para determinar lo indeterminado en el texto, al carecer del repertorio adecuado.

Existen toda una serie de conceptos teóricos que habría probablemente que reformular en función de las situaciones de lectura en otras culturas. Por ejemplo, el esquema de Stierle¹³ de recepción que simplemente genera ilusión (propia de la literatura de consumo) frente a la recepción que genera ficción: probablemente en la lectura en lengua extranjera haya una serie de factores como es el juego de estereotipos y actitudes, el propio peso del código lingüístico, etc., que tiendan a reducir lo ficcional en la lectura para relegarla al campo de lo ilusorio.

(12) Cf. Chevrel, *op. cit.*, pp. 342 ss.

(13) K. Stierle, "Was heisst Rezeption bei fiktionalen Texten". *Poetica*, 7, (1975), pp. 354-387. (Tr. esp. de A. Álvarez en J. A. Mayral (ed.), *Estética de la recepción*. Madrid, Arco libros, 1987, pp. 87-143).

Sería una hipótesis a estudiar lo mismo que el propio concepto de competencia de lectura en este caso. Sería también productivo el estudio del funcionamiento de la intertextualidad en este tipo de lectura: el palimpsesto que es el lector en este caso está constituido por textos muy distintos de aquellos que el texto que se lee presupone leídos. También, desde otro punto de vista, resultaría de interés el análisis del funcionamiento concreto de las instancias de mediación entre nuestros dos sistemas literarios.

La utilidad de estudios de este tipo nos parece evidente no sólo para enmarcar adecuadamente estudios puntuales de influencias, sino incluso desde el punto de vista de la pedagogía de las literaturas extranjeras. Hemos simplemente tratado de explicar cómo ciertos conceptos teóricos que describen la lectura como parte de un sistema, pero también como acto, permiten delimitar sus modalidades cuando se enfrenta a textos pertenecientes a otra cultura. El lector de textos extranjeros se ve en definitiva conducido a representar el papel de un lector habitual que en realidad no es. El resultado será siempre un "texto empírico" diferente del previsto, diferente en la medida en que ambos sistemas también lo sean.